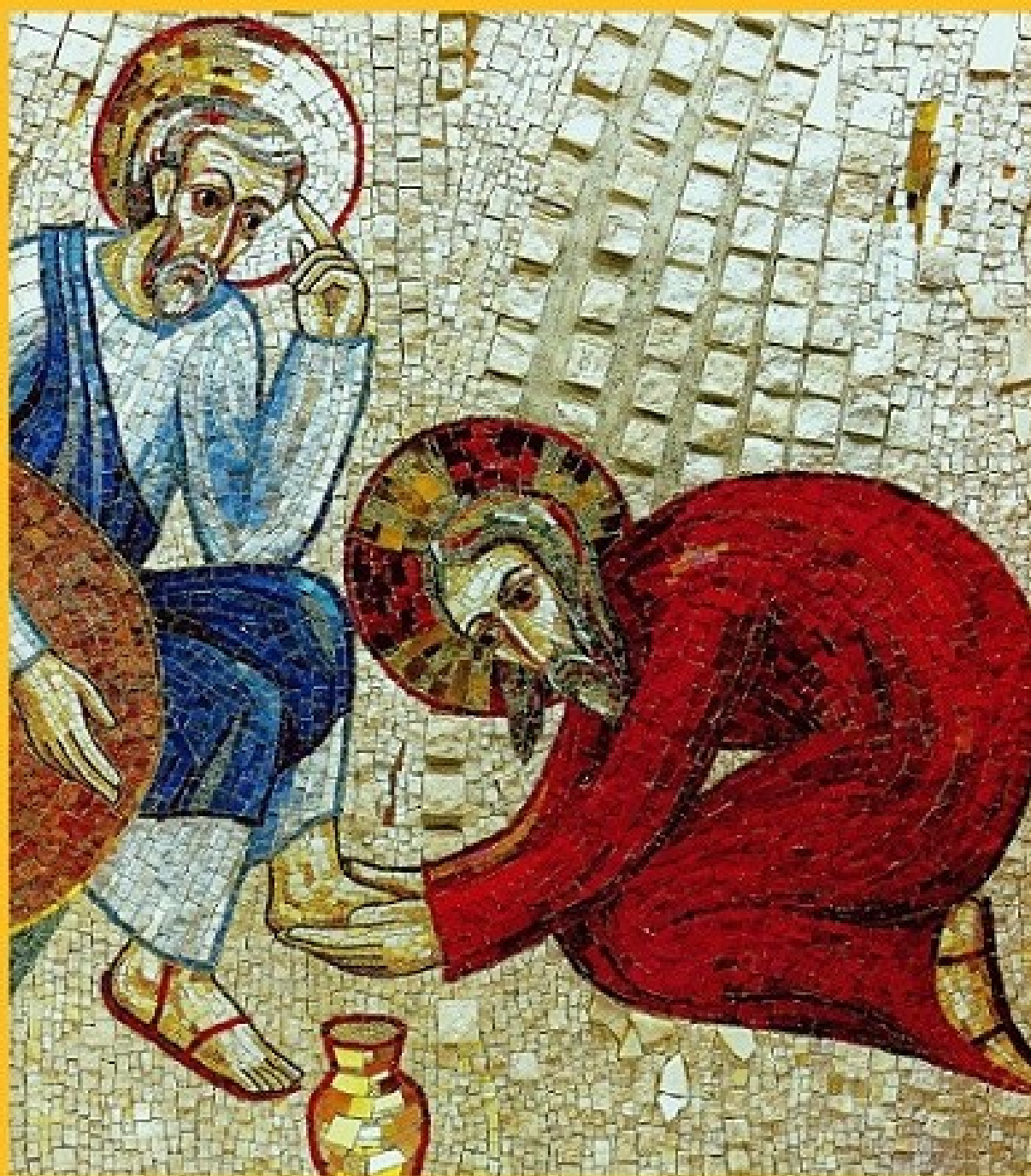


LA PRÁCTICA DE LA HUMILDAD



LA PRÁCTICA DE LA HUMILDAD

S. S. León XIII

Siendo Obispo de Perugia el que sería luego el Papa Pecci (S.S. León XIII), apareció, por mandato suyo, la primera edición italiana de La práctica de la humildad.

Aunque todas las ediciones aparecidas (tanto italianas como españolas) lo hacen bajo su nombre, no está totalmente claro que la obra se deba a su pluma.

Aún cuando fuera cierto, como afirman algunos, que a León XIII únicamente se debe la Introducción, el resto de su contenido debió ser profundamente conocido, meditado y, recopilado por él.

Se trata de 60 puntos que constituyen un guión de cómo se debe vivir para conseguir la virtud de la humildad. “No creas que vas a adquirir la humildad sin las prácticas que le son propias” (punto VII). Este procedimiento directo, al alcance de cualquier mano, tuvo necesariamente que influir en la vida de Joaquín Pecci, hasta el punto de que cabe dudar de si transcribió al libro la experiencia del ejercicio de su propia virtud o si aprendió en el manuscrito anónimo la práctica constante de la humildad.

ÍNDICE

LA PRÁCTICA DE LA HUMILDAD.....	4
APÉNDICE.....	22
Plática de san Antonio M ^a Claret.....	22
Plática de San Juan María Vianney, Cura de Ars.....	28
Carta a un escéptico.....	34
Oración para impetrar la gracia de devoción y de humildad.....	42

LA PRÁCTICA DE LA HUMILDAD

A sus amados hijos los seminaristas

El fundamento de la perfección cristiana, según opinión unánime de los santos Padres, es la humildad. *Para hacerse grande, dice San Agustín, es necesario empezar por hacerse pequeño. ¿Deseáis levantar el edificio de la virtud cristiana? Pues tened presente que su altura es inmensa, y, por tanto, procurad desde luego poner muy sólidos cimientos de humildad, porque quien desea alzar un edificio, empieza por cavar los cimientos proporcionados a la mole y elevación que quiere darle* (Ser. X, de Ver. Dom.).

Ahora bien, este opúsculo que os dedicamos, amadísimos hijos, os enseña a practicar la humildad; esto es. a echar los cimientos de la perfección cristiana. Ved. pues, cuánto os importa estar obligados a observar de un modo particular el mandamiento de Jesucristo de ser perfectos como el Padre celestial. Por lo cual estamos seguros de haceros un don que ha de gustaros sobremanera; porque no sólo es prenda nueva del amor que os profesamos, sino también medio eficacísimo para salvar vuestra alma, cuya salvación es el negocio más importante en que podáis ocuparos.

Otra razón nos ha movido a dedicaros este opúsculo: el fin de la carrera eclesiástica que habéis emprendido. Tal fin no sólo consiste en vuestra santificación, sino también en promover más adelante la de los demás, extendiendo el reino de Jesucristo con aquellos mismos medios que El empleó en su vida mortal, habiendo sido la humildad de corazón su carácter distintivo. Con ella lograréis vencerla soberbia del mundo y plantaren todos los corazones la mortificación y la humildad de la cruz. Y ya que Jesucristo a la doctrina hacía preceder las obras, si vosotros, siguiendo su ejemplo, entráis en el ministerio eclesiástico ya formados en la práctica de la humildad, de esa interior e inexhausta fuente de todas las virtudes brotarán palabras de confortación, aliento y celo que confirmarán al justo en la santidad, y llamarán al extraviado del camino del vicio y perdición al de la virtud y santidad.

Que cada uno de vosotros en particular sea, pues, aquel discípulo que en esta obrita que os dedicamos se figura recibir de un maestro espiritual lecciones sobre la práctica de la humildad, y tened siempre presente, amados hijitos, que no podéis darnos mayor consuelo que el que nos dais ahora viéndoos humildes, mansos y obedientes.

Confiando veros siempre así, y deseando ardientemente que en realidad lo seáis, al bendeciros a todos en el Señor no podemos menos de recomendaros con gran interés otra vez que pongáis toda vuestra diligencia en practicar cuanto esta obrita os aconseje.

GIOACCHINO CARDENAL PECCI

Obispo de Perugia.

(Posteriormente, S.S. León XIII)

Introducción

Es verdad incontrastable que no habrá misericordia para el soberbio, que se le cerrarán las puertas del reino de los Cielos, y que sólo al *humilde* ha de abrirlas el Señor. Para convencerse de esta verdad basta abrir las Sagradas Escrituras, que continuamente nos enseñan que Dios resiste a los orgullosos, que humilla a los que se ensalzan, que hay que hacerse semejante a los niños para entraren su gloria, que quien a ellos no se asemeje será excluido, y, por último, que Dios sólo otorga su gracia a los humildes.

Siendo esto cierto, no sabremos convencemos lo bastante de cuánta importancia tenga para todo cristiano. y en especial para los que siguen la carrera eclesiástica, procurar la práctica de la humildad y arrojar del alma toda presunción, toda vanidad, todo orgullo. No hay esfuerzo o fatiga que no deba sostenerse para acertaren empresa tan santa, y así como no puede llevarse a feliz término sin la gracia de Dios, así hay que implorarla con instancia y mucha frecuencia.

Todo cristiano ha contraído en el santo bautismo la obligación de seguir las huellas de Jesucristo, y éste es el modelo divino con el cual debemos conformar nuestra vida.

Ahora bien; este Dios Salvador ha llevado a tal extremo la *humildad*, que se ha hecho el oprobio de la Tierra para abatir la altivez y curar la llaga de nuestro orgullo, enseñándonos con su ejemplo la única vía que conduce al Cielo. Esta es, hablando propiamente, la más importante lección del Salvador: *Aprended de mí.*

Tú, pues, discípulo de este divino Maestro, si ansias adquirir la perla preciosa, que es la más segura prenda de santidad y la señal más cierta de predestinación, recibe dócilmente los avisos que le doy, y prácticalos fielmente.

Avisos

1. Abre los ojos de tu alma, y considera que por ti mismo no tienes ningún bien que pueda darte motivo para creer que eres algo. De ti sólo tienes pecado, debilidad y miseria; y en cuanto a los dones de naturaleza y gracia que hay en ti, como los has recibido de Dios, que es el principio de tu ser, solamente a El pertenece la gloria.
2. Concibe, por tanto, profundo sentimiento de tu nada, y haz que crezca constantemente en tu corazón, a pesar del orgullo y vergüenza que te domina. Abriga la íntima persuasión de que no hay en el mundo cosa más vana y más ridícula que desear ser estimado por algunas dotes recibidas a préstamo de la gratuita liberalidad del Creador; porque, como dice el Apóstol, *si las has recibido, ¿porqué te glorías como si fueran tuyas y no las hubieses recibido?* (I Cor. 4⁷).
3. Piensa a menudo en tu debilidad, en tu ceguera, en tu vileza, en la dureza de tu corazón, en tu inconstancia, en tu sensualidad, en tu insensibilidad para con Dios, en tu afecto a las criaturas, y en tantas otras viciosas inclinaciones que nacen de tu corrupta naturaleza. Y te sirva esto de poderoso motivo para abismarte continuamente en tu nada y ser siempre muy pequeño y muy miserable a tus propios ojos.
4. Permanezca siempre impresa en tu alma la memoria de los pecados de tu vida pasada. Persuádate sobre todo de que el pecado de soberbia es un mal tan abominable, que con él no puede compararse ningún otro en la Tierra ni en el infierno: este fue el pecado que hizo prevaricar a los ángeles en el Cielo y los precipitó en el abismo, el que corrompió a todo el linaje humano y extendió por la Tierra la turba infinita de males que durarán lo que el mundo, o por mejor decir, cuanto la eternidad. Además, un alma gravada de pecados solamente es digna de odio, de desprecio y de tormentos: mira, pues, qué buen concepto puedes tener de ti mismo después de haber cometido tantos pecados.
5. Medita además en que no hay delito, por enorme y detestable que sea, a que no se halle inclinada tu malvada naturaleza y del cual no puedas hacerte culpable, y que sólo por la misericordia divina, y con el socorro de las gracias de Dios te has librado de ellos hasta ahora, según aquel dicho de san Agustín: *No hay pecado cometido en el mundo por un hombre que*

no pueda cometer otro hombre, si la mano que le hizo hombre deja de sostenerle (Solil. c. 15). Lloro interiormente un estado tan deplorable y resuélvete con firmeza a contarte en el número de los más indignos *pecadores*.

6. Piensa a menudo que más pronto o más tarde has de morir, y que tu cuerpo ha de corromperse en una fosa: ten siempre ante los ojos el tribunal inexorable, ante el cual todos necesariamente hemos de comparecer medita los eternos dolores del infierno preparados para los perversos, y en especial para los que imitan a Satanás, que son los soberbios. Considera seriamente que, a causa del velo impenetrable que oculta al ojo mortal los juicios divinos, estás completamente incierto de ser o no del número de los réprobos que eternamente con los demonios serán lanzados a aquel lugar de tormentos para ser eternamente víctima del fuego encendido por el mismo soplo de la cólera divina. Esta incertidumbre debe bastar por sí sola para mantenerte en extrema humildad e inspirarte el más saludable temor.

7. No creas que vas a adquirir la humildad sin las prácticas que le son propias, como son los actos de mansedumbre, de paciencia, de obediencia, de mortificación, de odio a ti mismo, de renuncia a tu propio juicio, a tus opiniones, de arrepentimiento de tus pecados y de tantos otros; porque éstas son las armas que destruirán en ti mismo el reino del amor propio, ese terreno abominable donde germinan todos los vicios y donde se alinean y crecen a placer tu orgullo y presunción.

8. Mantente cuanto más puedas silencioso y recogido; mas debes hacerlo sin incomodar a los demás, y cuando te veas obligado a hablar, hazlo siempre con mesura, modestia y sencillez. Y si sucediere que no te escuchen por desprecio u otro motivo cualquiera, no debes mostrarte resentido, y sí aceptar esta humillación y sufrirla con resignación y calma.

9. Evita con todo cuidado las palabras altaneras, orgullosas o que indiquen pretensiones de superioridad, evita también las frases estudiadas y las palabras irónicas; calla todo lo que pueda darte fama de persona graciosa y digna de estimación. En una palabra no hables nunca sin justo motivo de ti mismo y evita todo aquello que pueda cosecharte honras y alabanzas.

10. En las conversaciones ni te mofes ni zahieras a los demás con palabras y sarcasmos; huye de todo lo que huelga a espíritu del mundo. De las cosas espirituales no hables como un maestro que da lecciones, a no ser que tu cargo o la caridad te lo impongan; conténtate con preguntar a persona avisada que pueda aconsejarte; porque el querer dárseles de maestro

sin necesidad es echar leña al fuego de nuestra alma, que se consume ya en humo de soberbia.

11. Reprime con todas tus fuerzas la curiosidad vana e inútil; por eso, no te afanes demasiado por ver esas cosas que los mundanos tienen por bellas, raras y extraordinarias; esfuérzate, en cambio, por saber cuál es tu deber y lo que puede aprovecharte para tu salvación.

12. Has de ser muy exacto y muy atento en mostrarte siempre lleno de respeto y reverencia para con tus superiores, de estimación y cortesía con tus iguales y de caridad con tus inferiores; y persuádate de que portarse de otro modo no puede ser efecto más que de un alma gobernada por la soberbia.

13. Según la máxima del Sagrado Evangelio, busca siempre el lugar más humilde, persuadiéndote sinceramente de que es el que más te conviene. Asimismo, en las necesidades de la vida guárdate de extender soberbiamente y de elevar a demasiada altura tus deseos y cuidados: conténtate, por el contrario, con cosas sencillas y modestas, porque son las que mejor se conforman con tu poco valer.

14. Si te faltan los consuelos temporales y Dios te quita los espirituales, piensa que has tenido siempre más de los que merecías; conténtate con lo que el Señor te envía.

15. Cultiva siempre en ti la santa costumbre de acusarte, reprenderte y condenarte. Sé juez severo de todos tus actos, que casi siempre van acompañados de mil defectos y de continuas pretensiones del amor propio. Ten con frecuencia justo desprecio de ti mismo, contemplándote en tus acciones falto de prudencia, de sencillez y de pureza de corazón.

16. Como de un mal gravísimo guárdale de juzgar las acciones ajenas, y por el contrario, interpreta benignamente todo dicho y todo hecho, buscando con caridad ingeniosa razones para excusarlo y defenderlo. Y si te fuere imposible su defensa por ser demasiado evidente la falta cometida, procura atenuarla cuanto puedas, atribuyéndola a inadvertencia, a sorpresa o a cosa parecida, según las circunstancias; por lo menos, distráete de pensar más en ello, a no ser que tu cargo exija que lo remedies.

17. Nunca contradigas a nadie en la conversación, aun cuando se trate de cosa dudosa que parece poder tomarse afirmativa o negativamente. No te acalores al disputar; y si hallaren falsa o menos acertada tu opinión, cede modestamente y permanece humildemente en silencio. Cede también y pórtate del mismo modo en cosas de ningún valer, aun cuando estés cierto de ser falso lo que afirman otros. En cualquiera otra ocasión debe

importarte defender la verdad, y defiéndela con valor, pero sin furor ni despecho, y ten por seguro que mejor vencerás con dulzura que con ímpetu y desdén.

18. No ocasiones molestias a nadie, por ínfimo que sea, ni de palabra, ni de obra, ni con tu comportamiento, a no ser que te lo exijan el deber, la obediencia o la caridad.

19. Si hubiere alguno que venga siempre a fastidiarte y que de intento te mortificase con ultrajes e injuriasen toda ocasión, no te irrites: considéralo como instrumento de que se vale la misericordia divina para tu mayor bien; esto es, para curar la llaga inveterada de tu orgullo.

20. La ira es un vicio aborrecible en toda clase de personas, y máxime en las espirituales, que debe su violencia al orgullo que las sustenta; esfuérgate, pues, en acumular un caudal de dulzura, para que cuando te ultrajen, por honda que sea la herida de la injuria, seas capaz de conservar la calma. En esas ocasiones no alimentes ni guardes en tu corazón sentimientos de aversión o de venganza para quien te ofendió; antes bien, perdónale de corazón, convencido de que no hay mejor disposición que ésta para alcanzar de Dios el perdón de las injurias que le has hecho. Este humilde sufrimiento te cosechará muchos méritos para el cielo.

21. Sufre con paciencia los defectos y la fragilidad de los otros, teniendo siempre ante los ojos tu propia miseria, por la que has de ser tú también compadecido de los demás.

22. Muéstrate manso y humilde con todos, y más con aquellos por quienes sientes alguna repugnancia y aversión, y no digas como algunos: “Dios me libre de odiar a aquella persona; pero no puedo verla junto a mí, ni quiero absolutamente tener nada que tratar con ella”. Ten por seguro que tal repugnancia procede de soberbia, y no de haber vencido con las armas de la gracia la naturaleza orgullosa y el amor propio; porque si ellos se entregasen por completo a los movimientos de la gracia, sentirían muy pronto en sí mismos vencidas por verdadera humildad todas las dificultades que sufren, y soportarían con paciencia hasta los genios más duros y salvajes.

23. Si te sobreviene alguna contradicción, bendice al Señor, que dispone las cosas del mejor de los modos: piensa que la has merecido, que merecías más todavía, y que eres indigno de todo consuelo: podrás pedir con toda simplicidad al Señor que te libre de ella, si así le place: pídele que te dé fuerzas para sacar méritos de esa contrariedad. En las cruces no busques los consuelos exteriores, especialmente si te das cuenta de que

Dios te las manda para humillarte y para debilitar tu orgullo y presunción. En medio de ellas debes decir con el Rey Profeta: *¡Cuán bueno ha sido para mí. Señor, que me hayas humillado, porque así he aprendido tus mandatos!* (Salm. 118).

24. En la comida no debes sentir disgusto cuando los alimentos no sean de tu agrado; haz, más bien, como los pobrecitos de Jesucristo, que comen de buen grado lo que les dan, y dan gracias a la Providencia.

25. Si alguno sin razón te rebajase o hablase mal de ti, y si vieses censurada tu conducta por un inferior a ti, o por quien, más merecedor de reprensión que tú, debiera mirarse a sí mismo, no quisiera que por ello te dominase el desdén o rehusases examinar con calma y a la luz de Dios tu conducta; y abriga la íntima persuasión de que puedes faltar a cada momento si la gracia de Dios no te preserva.

26. Nunca anheles ser amado de *manera singular*. Puesto que el amor depende de la voluntad, y la voluntad está inclinada hacia el bien por naturaleza, ser amado, y ser amado como bueno, es una misma cosa; ahora bien, el afán de ser estimado por encima de los demás es inconcebible con una sincera humildad. ¡Qué gran fruto obtendrás si obras así! Tu alma, no mendigando ya el amor de las criaturas, se refugiará en las sagradas llagas del Salvador; allí, en el Corazón adorable de Jesús, experimentarás las indecibles dulzuras divinas, y habiendo renunciado generosamente por Él al amor de los hombres, podrás gustaren abundancia de los consuelos divinos, que te serían negados si hubieses sido presa del dulzor falso y mentiroso de los consuelos terrenos; porque los consuelos divinos son tan puros y sinceros, que no pueden ser mezclados con los consuelos de aquí abajo, y somos inundados por aquéllos en la medida en que nos vaciamos de éstos. Por otra parte, tu alma podrá volverse libremente hacia Dios y reposar en Él con el pensamiento de su presencia y de sus perfecciones infinitas. Por último, no habiendo cosa más dulce que amar y ser amado, si te privas de este placer por amor de Dios, y Dios se posesiona de tu corazón, no dividido por el amor de otra criatura, ofrecerás un sacrificio muy acepto a Dios, y no temas que obrando así se vaya a enfriar tu amor al prójimo, pues no le amarás por interés, por seguir tu inclinación, sino tan sólo por dar gusto a Dios, haciendo lo que sabes le agrada.

27. Haz todas las cosas, por pequeñas que sean con mucha atención y con el máximo esmero y diligencia; porque el hacer las cosas con ligereza y precipitación es señal de presunción; el verdadero humilde está siempre en guardia para no fallar aun en las cosas más insignificantes. Por la

misma razón, practica siempre los ejercicios de piedad más comunes y huye de las cosas extraordinarias que te sugiere tu naturaleza; porque así como el orgulloso quiere singularizarse siempre, así el humilde se complace en las cosas comunes y ordinarias.

28. Convéncete de que no eres buen consejero de ti mismo, y por eso, teme y desconfía de tus opiniones, que tienen una raíz mala y corrompida. Con esta persuasión, aconséjate, en lo posible, de hombres sabios y de buena conciencia, y prefiere ser gobernado por uno que sea mejor que tú a seguir tu propio parecer.

29. Por muy excelso que sea el grado de tu gracia y virtud, por muy grande que sea el don de oración que Dios te haya dado, a pesar de que hayas vivido mil años en la inocencia y fervor de la devoción, debes siempre caminar en el temor y desconfiar de ti mismo, especialmente en materia de castidad: recuerda que llevas dentro de ti la inextinguible concupiscencia y manantial inagotable de pecados, y ten presente que eres todo debilidad, inconstancia e infidelidad. Contéplate, pues, siempre a ti mismo; cierra los ojos para no ver y sentir lo que pueda manchar tu alma; huye siempre de las ocasiones peligrosas; evita las conversaciones inútiles con personas del otro sexo, y en las necesarias guardarás modestia y mesura muy escrupulosas. Finalmente, ya que sin la gracia divina no eres bueno para nada, ruegale continuamente que se apiade de ti y que ni un momento te deje en poder de ti mismo.

30. ¿Has recibido de Dios grandes talentos? ¿O eres, por ventura, un grande del mundo? Esfuérsale en conocerte tal y como eres y procura convencerte de tu debilidad, de tu incapacidad y de tu nada; debes hacerte más pequeño que un niño; no andes tras las alabanzas de los hombres, ni ambiciones los honores; antes bien rechaza aquéllas y estos.

31. Si te hacen alguna injuria o te ocasionan algún grave disgusto, en vez de indignarte con quien te ha ofendido, alza los ojos al cielo y mira al Señor, que con su infinita y amable providencia lo ha dispuesto así, o para hacerte expiar tus pecados, o para destruir en ti el espíritu de soberbia, obligándote a hacer actos de paciencia y de humildad.

32. Cuando se te presente ocasión de hacer a tu prójimo algún servicio bajo y abyecto, hazlo con alegría y con toda humildad que deberías tener si fueses criado de todos. Lograrás de este ejercicio tesoros inmensos de virtud y de gracia.

33. No te preocupes por aquellas cosas que no están a tu cuidado y de las que no tienes que rendir cuenta ni a Dios ni a los hombres; porque el

ocuparse en ellas es signo de secreta soberbia y de vana presunción de sí mismo, alimenta y hace crecer la vanidad y es causa de mil preocupaciones, inquietudes y distracciones. Por el contrario, si atiendes sólo a ti mismo y a tu deber, hallarás un manantial de paz y tranquilidad, según las palabras de la IMITACIÓN DE CRISTO: *No te entrometas en lo que no te han encomendado; así podrá ser que pocas veces o muy de tarde en tarde te turbes.*

34. Si haces alguna mortificación extraordinaria, procura preservarle del veneno de la vanagloria, que destruye a menudo todo su mérito; hazla tan sólo porque desdeciría de un pecador que viviera según su propio capricho, y también por tantas deudas como tienes que saldar ante la justicia divina. Piensa que los actos de penitencia tesón tan necesarios para detener la violencia de las pasiones y mantenerle dentro de los límites del deber, como la brida y el freno para domar un impetuoso caballo.

35. Cuando sientas el aguijón de la impaciencia y seas presa de la tristeza en tus tribulaciones y humillaciones, resiste fuertemente esa tentación, acordándole de tantos pecados, por los que has merecido castigos mucho más duros de los que estás sufriendo. Adora In justicia infinita de Dios y recibe respetuosamente sus golpes, que son para ti fuentes de misericordia y gracia. Si pudieses comprender cuán saludable es ser herido en esta miserable vida por la mano de un Padre tan dulce como es Dios, te abandonarías por completo en sus manos. Repite a menudo con san Agustín; *Quema y arranca de mí en esta vida todo lo que quieras, no perdones nada ni me ahorres ningún sufrimiento, con tal que me perdones y me los ahorres todos en la eternidad.* Rehusar las tribulaciones es rebelarse contra la saludable justicia de nuestro Dios, es rechazar el cáliz que misericordiosamente nos brinda, y en el que el mismo Jesucristo, aunque inocente, ha querido beber el primero.

36. Si cometes alguna falta que es motivo para que te desprecie quien la presencié, siente un vivo dolor de haber ofendido a Dios y de haber dado un mal ejemplo al prójimo, y acepta la deshonra como un medio que Dios te envía para hacerte expiar tu pecado y para hacerte más humilde y virtuoso. Si por el contrario, el verte deshonrado te atormenta y te contrista, es que no eres verdaderamente humilde y que estás todavía envenenado por la soberbia. Pídele entonces al Señor con mucha insistencia que te cure y te libre de ese veneno, porque si Dios no se apiada de ti caerás en otros abismos.

37. Si entre los que te rodean hay alguno que te parece despreciable, obrarás sabia y prudentemente si en vez de publicar y censurar sus defectos te fijas en las buenas cualidades naturales y sobrenaturales de que Dios le ha dotado, y que le hacen digno de respeto y honor. Al menos, ve siempre en él a una criatura de Dios, formada a su imagen y semejanza, rescatada con la sangre preciosa de Jesucristo, un cristiano marcado con la luz del rostro de Dios, un alma capaz de verle y poseerle por toda la eternidad, y quizá un predestinado por el consejo secreto de su adorable providencia. ¿Sabes tú, acaso, las gracias que el Señor ha derramado sobre él, o las que va a derramar? Pero sin entrar en más averiguaciones, quizá lo mejor sería rechazar inmediatamente todos esos pensamientos de desprecio como venenosas inspiraciones del tentador.

38. Cuando oigas que te alaben, en vez de alegrarte, teme que aquella alabanza sea toda la recompensa del poco bien que has hecho. Reconoce interiormente tu miseria, por la cual merecerías el desprecio de los demás, y procura cortar la conversación, no ya por adquirir mayor loa, como el soberbio que aparenta ser humilde, sino con santa cordura, de modo que no se piense ya en tus obras. Y de no poder hacerlo así, a Dios sólo en el mismo instante dirigirás todo el honor y la gloria, diciendo con Baruch y Daniel: *A ti, Señor, la gloria de toda justicia, y a nosotros la vergüenza y confusión de nuestro rostro* (Bar. 1, 15).

39. En la misma proporción en que deben causarte disgusto las alabanzas a ti dispensadas, debes experimentar alegría por los elogios y honores a los demás y, por tu parte, debes contribuir a honrarles en la medida en que la franqueza y la verdad te lo permitan. Los envidiosos no saben soportar las glorias del prójimo, porque estiman que van en disminución de las propias: precisamente por esto deslizan hábilmente en las conversaciones ciertas palabras ambiguas o frases de doble sentido, dirigidas a menguar o a hacer dudosos los méritos que, con resentimiento por su parte, adornan a los demás. Tú no debes obrar así porque alabando a tu prójimo, alabas simultáneamente al Señor y le agradeces los dones que distribuye y los beneficios que se pueden obtener para su servicio.

40. Cuando oigas que difaman a tu prójimo, siente un verdadero dolor, y busca una excusa para el maledicente; pero tienes que salir en defensa de la persona que es blanco de la murmuración, y con tal destreza, que tu defensa no se convierta en una segunda acusación; así, ora insinuarás sus cualidades, ora pondrás de relieve la estima que merece a los otros y a ti mismo, ora cambiarás hábilmente de conversación o harás ostensible tu

desagrado. Obrando de esta manera, harás un gran bien a ti mismo, al maledicente, a los oyentes y a aquel de quien se habla. Mas si tú, sin hacerte la más mínima violencia, te complaces en ver a tu prójimo humillado y te disgustas cuando lo ensalzan, ¡cuánto te falta todavía para alcanzar el tesoro incomparable de la humildad!

41. No habiendo cosa más provechosa para el progreso espiritual que el ser advertido de los propios defectos, es muy conveniente y necesario que los que te hayan hecho alguna vez esta caridad se sientan estimulados por ti a hacértela en cualquier ocasión. Luego que hayas recibido con muestras de alegría y de reconocimiento sus advertencias, imponte como un deber el seguirlas, no sólo por el beneficio que reporta el corregirse, sino también para hacerles ver que no han sido vanos sus desvelos y que tienes en mucho su benevolencia. El soberbio, aunque se corrija, no quiere aparentar que ha seguido los consejos que le han dado, antes bien los desprecia; el verdadero humilde tiene a honra someterse a todos por amor de Dios, y observa los sabios consejos que recibe como venidos de Dios mismo, cualquiera que sea el instrumento de que Él se haya servido.

42. Abandónate completamente a Dios para seguir lo que haya dispuesto su amable Providencia, como un tierno niño se entrega en brazos de su amado padre. Deja que Él haga cuanto quiera, sin turbarte ni inquietarte por lo que te pueda suceder; acepta con alegría, confianza y respeto todo lo que de Él proceda. Obrar de otro modo sería mostrarse ingrato a la bondad de su corazón y desconfiar de Él. La humildad nos abisma infinitamente bajo el ser infinito de Dios, pero al mismo tiempo nos enseña que en Dios está toda nuestra fortaleza y todo nuestro consuelo.

43. Es evidente que sin Dios no puedes hacer nada bueno, que sin Él caerías a cada paso, y la mínima tentación te vencería; reconoce tu debilidad e impotencia para practicar el bien, y no olvides que en tus acciones necesitas siempre del concurso divino. Que la consideración de estos pensamientos te mantenga inseparablemente unido a Él. como un niño que no conociendo otro refugio se aprieta contra el seno de su madre. Repite con el Profeta: *Si el Señor no me hubiera ayudado, mi alma habitaría en la región del silencio, y: mírame y apiádate de mí, porque estoy solo y desvalido; oh Dios, ven en mi auxilio, apresúrate a ayudarme.* No dejes nunca de dar gracias a Dios con todo tu corazón, y dale gracias, sobre todo, por los cuidados de que te rodea, y pídele en todo momento que no te falte la ayuda que sólo Él te puede dar.

44. Acude a la oración persuadido de tu indignidad y bajeza y lleno de un temor sagrado por la presencia de la suprema majestad, cuya protección te atreves a implorar. *¿Hablaré a mi Señor, yo que soy polvo y ceniza?* Si recibes algún favor extraordinario, júzgate indigno de él y piensa que Dios le lo ha concedido por su largueza y misericordia. No te complazcas vanamente atribuyéndolo a tus méritos. Si no recibes ningún don señalado, no le muestres descontento; considera que te queda mucho por hacer para merecerlo, y que Dios tiene harta bondad y paciencia permitiendo que estés a sus pies; como el mendigo que permanece durante horas enteras a la puerta del rico para alcanzar una pequeña limosna que remedie su miseria.

45. Da gloria a Dios por el feliz éxito de los asuntos que te han sido encomendados, y no te atribuyas a ti mismo más que los fallos que haya habido; sólo éstos le pertenecen: todo lo bueno es de Dios y a Él se debe la gloria y gratitud. Graba con tal fuerza en tu espíritu esta verdad, que nunca más se borre de él; piensa que cualquier otro que hubiera tenido la gracia que tú tuviste lo hubiera hecho mucho mejor y no habría cometido tantas imperfecciones. Rechaza las alabanzas que te hagan por el éxito obtenido, porque no se deben a un vil instrumento como tú, sino a Él, soberano Artífice, que, si así lo quiere, puede servirse de una vara para hacer brotar el agua de una roca, o de un poco de tierra para devolver la vista a los ciegos y operar infinidad de milagros.

46. Si, en cambio, van mal los asuntos confiados a tu cuidado, harto es de temer que el infeliz resultado haya de atribuirse a tu ineptitud y negligencia. Tu amor propio y tu soberbia, enemigas acérrimas de cualquier humillación, querrían echar la culpa a los demás, y si no lo consiguen, intentarán atenuarla. Más tú no secundes sus viciosas inclinaciones, examina tu conducta, en conciencia, y temiendo haber fallado en algo, cúlpate ante Dios y acepta la humillación como castigo merecido. Si tu conciencia no te acusa de culpa alguna, adora también en este caso las disposiciones divinas, y piensa que quizá tus faltas anteriores y tu excesiva presunción han alejado de ti las bendiciones del cielo.

47. Si en la Comunión, tu corazón está inflamado de amor de vino, tu espíritu debe estar penetrado de sentimientos de verdadera humildad. ¿Cómo no asombrarte al considerar que un Dios infinitamente puro, infinitamente santo, llegue a esos extremos de amor por una miserable criatura como tú, y se te dé a Sí mismo en alimento? Abísmate en las profundidades de tu indignidad; acércate a la adorable santidad de Dios

con suma reverencia, y cuando a este amable Señor, que es todo caridad, le plazca acariciarle, haciéndote partícipe de sus inefables dulzuras, no disminuyas en nada el respeto debido a su infinita majestad, no salgas nunca del lugar que te corresponde, y que es la sumisión, la abyección y lanada; pero que el sentimiento de tu pobreza y de tu miseria no te lleve a cerrar tu corazón y a menguar en nada esa santa confianza que debes tener en tal celestial banquete; antes, por el contrario, debe hacerte crecer en amor a tu Dios que se humilla hasta convertirse en alimento de tu alma.

48. Ten con tu prójimo entrañas de caridad y fuente perenne de afabilidad y de dulzura, y con santa avidez procurarás complacerle en todo; pero lo harás siempre por agradara! Señor. Medita bien los motivos que te inducen u obrar, y así descubrirás las emboscadas de la vanidad y del amor propio; atribuye sólo a Dios todo el bien que hagas, porque debes saber que si tienes oculta y secreta una buena obra de modo que sólo Dios la sepa, te produce inestimable ganancia; y si después por tu negligencia los hombres llegaran a saberla, pierde casi todo su valor, como un hermoso fruto que los pájaros han comenzado a picotear.

49. Ese saludable temor de desagradar a Dios que debes tener irá siempre acompañado de una continua súplica para que no te deje caer e impida con su infinita misericordia tan gran desastre. Este es el santo gemir del corazón recomendado por los santos, que lleva a estar en guardia en todas nuestras acciones, a meditar en las verdades divinas y a despreciar las cosas temporales, a practicar la oración interior y a mantenerse alejado de todo lo que no sea Dios. En una palabra, la fuente de la verdadera humildad y pobreza de espíritu, no la abandones nunca y, en lo posible, pídelo constantemente.

50. El enfermo que desea vivamente la curación procura evitar todo lo que pueda retrasarla; toma con temor aun los alimentos más inofensivos y casi a cada bocado se para a pensar si le sentarán bien; también tú, si deseas de corazón curarte de la funesta enfermedad de la soberbia, si verdaderamente anhelas adquirir la preciosa virtud de la humildad, has de estar siempre en guardia para no decir o hacer lo que pueda impedírtelo; por esto, es bueno que pienses siempre si lo que vas a hacer te lleva o no a la humildad, para hacerlo inmediatamente o para rechazarlo con todas tus fuerzas.

51. Otro motivo bastante poderoso para que practiques la hermosa virtud de la humildad es el ejemplo de nuestro divino Salvador, que debemos imitar continuamente. Él nos ha dicho en el Sagrado Evangelio: *Aprended*

de mi, que soy manso y humilde de corazón (Mat. 11, 20). Y en efecto, como nota San Bernardo, *¿qué orgulloso podrá haber que se resista ante la humildad de este divino Maestro?* Con toda verdad se puede decir que Él sólo se ha humillado y abatido, y que cuando nos parece que nos humillamos no nos humillamos de manera alguna, puesto que nos colocamos en el lugar que nos corresponde; porque siendo viles criaturas, culpables quizás de mil delitos, no podemos tener más derecho que a la nada y a la pena; pero nuestro salvador Jesucristo se abatió infinitamente poniéndose por debajo de la alteza que le corresponde. Él es el Dios Omnipotente, el Ser infinito e inmortal, el árbitro supremo de todo, y, sin embargo, se ha hecho hombre débil, pasible, mortal y obediente hasta la muerte. Él ha soportado en sumo grado la falta de las cosas temporales. Él, que es en el Cielo el gozo y la bienaventuranza de los ángeles y santos, ha querido ser el hombre de los dolores, y ha tomado sobre sus hombros todas las miserias de la Humanidad; la increada sabiduría y el principio de toda sabiduría ha soportado toda la vergüenza y oprobios de un insensato; el Santo de los santos y la Santidad por esencia ha sufrido que se le tenga por criminal y malhechor. Aquel a quien adoran en el Cielo los innumerables ejércitos de bienaventurados, ha deseado morir sobre una cruz; el Sumo Bien por naturaleza ha sufrido toda suerte de miserias temporales. Y después de este ejemplo de humildad, ¿qué deberemos hacer nosotros, polvo y cenizas? ¿Podrá parecernos dura alguna humillación a nosotros, miserables pecadores?

52. Considera también los ejemplos que nos han dejado los santos de la antigua y de la nueva Alianza. Isaías, aquel profeta tan virtuoso y celoso, se creía impuro ante Dios, y confesaba que toda su propia justicia, es decir sus buenas obras, eran como un paño lleno de suciedad (Is. 64, 6). Daniel, a quien el mismo Dios en Ezequiel llamó hombre santo, capaz de detener con sus oraciones la cólera divina, hablaba a Dios con la humildad de un pecador y como el que siempre debe estar cubierto de confusión y vergüenza. Santo Domingo, milagro de inocencia y sumidad, había llegado a tal grado de desprecio por sí mismo que creía atraer la maldición del cielo sobre las ciudades por las que pasaba. Y por eso, antes de entraren cualquiera de ellas, se postraba con el rostro en la tierra y decía llorando: *Yo os conjuro. Señor, por vuestra amabilísima misericordia, que no miréis a mis pecados; para que esta ciudad que me va a servir de refugio no deba sufrir los efectos de vuestra justísima venganza.* San Francisco, que por la pureza de su vida, mereció ser la imagen de Jesús Crucificado, se tenía por el más perverso pecador de la tierra, y este pensamiento estaba

tan grabado en su corazón, que nadie se lo hubiera podido quitar, y argumentaba diciendo que si Dios le hubiese concedido aquellas gracias al último de los hombres, habría usado mejor que el y no le habría pagado con tanta ingratitud. Otros Santos se consideraban indignos del alimento que comían, del aire que respiraban y de los vestidos con que se cubrían; otros tenían por un gran milagro el que la misericordia di vina los soportase sobre la tierra y no los precipitara en el infierno; otros se maravillaban de que los hombres los tolerasen y que las criaturas no los exterminaran y aniquilaran. Todos los santos han abominado las dignidades, las alabanzas y los honores, y, por el gran desprecio que sentían por sí mismos, no deseaban sino las humillaciones y los oprobios. ¿Eres tú quizá más santo que ellos? ¿Por qué, siguiendo su ejemplo, no te tienes por algo despreciable a tus ojos? ¿Por qué no buscas, como ellos, las delicias de la santa humildad?

53. Para crecer más en esta virtud y para endulzar y familiarizarte con las humillaciones sería provechoso que te representarás a menudo en la imaginación las aérenlas que te pueden sobrevenir y te esforzaras en aceptarlas, aun a costa de la naturaleza recalcitrante, como prenda segura del amor que Dios te tiene y como medio seguro de santificación. Quizá para el lo tendrás que sostener muchos combates; pero sé valiente y esforzado en la pelea hasta que te sientas firme y decidido a sufrirlo todo con alegría por amor de Jesucristo.

54. Que no pase ni un solo día sin que te hagas reproches que te podrían dirigir tus enemigos no sólo para endulzártelos por anticipado, sino para humillarte y para despreciarte a ti mismo. Si luego, en medio de la tempestad de alguna violenta tentación, te impacientas y te lamentas interiormente al ver cómo te prueba Dios, reprime en seguida esos movimientos y di contigo mismo: ¿podrá quejarse un ruin y miserable pecador como yo de esta tribulación? ¿Por ventura no he merecido castigos infinitamente más duros? ¿No sabes, alma mía, que las humillaciones y los sufrimientos son el pan con que le ha socorrido el Señor fin de que te levantes de una vez de tu miseria e indigencia? Si lo rehúsas, le haces indigna de el y rechazas un rico tesoro, que quizá te será quitado para dárselo a otros que hagan mejor uso de él. El Señor quiere hacerte del número de sus amigos y discípulos del Calvario, y tú, por cobardía, ¿vas a rehuir el combate? ¿Cómo quieres ser coronado sin haber peleado? ¿Cómo pretendes el premio sin haber sostenido el peso del día y del calor? Estas y otras consideraciones semejantes encenderán tu fervor y

excitarán en ti el deseo de llevar una vida de sufrimiento y de humillación como la de nuestro Salvador Jesucristo.

55. Por más que goces de mucha tranquilidad y paz entre desprecios y contradicciones, no por eso debes estar seguro de poseer pacífica y victoriosa humildad, porque a menudo la soberbia tan sólo duerme, y si se despierta comienza de nuevo a hacer sus estragos y presa en el alma. El ejercicio del conocimiento de ti mismo, el huir de los honores y el amor de las humillaciones deben ser tus armas, de las cuales no debes despojarte ni un solo momento. Y si de este modo hubieras adquirido aquella rica herencia, ya no temerás perderla, porque es necesario humillarse siempre para conservar el precioso don de la humildad.

56. Pura que Dios se digne más fácilmente concederte tanto favor, toma por abogada y protectora a la Santísima Virgen. San Bernardo dice que *María se ha humillado más que ninguna otra criatura, y que, siendo Ella la más grande de todas, se ha hecho la más pequeña por el profundísimo abismo de su humildad*. Por tal razón, María ha recibido la plenitud de la gracia y ha sido digna de ser madre de Dios. María al mismo tiempo es Madre de misericordia y de ternura, a la cual nunca se recurre en vano. Entrégate lleno de confianza a su seno maternal; suplícale encarecidamente que quiera obtenerte la virtud que le fue de tanto aprecio, y no temas que no quiera cuidar de todo. María pedirá por ti al Dios que cría al humilde y aniquila al soberbio; y ya que María es además omnipotente con su Hijo, será de Él ciertamente oída. Acude a Ella en todas tus cruces, en todas tus necesidades, en todas tus tentaciones: María será tu apoyo, María será tu consuelo; pero la principal gracia que debes pedirle es la santa humildad. Jamás calles ni dejes de pedírsela hasta que la hayas conseguido; y no temas importunarla demasiado. ¡Oh; cuánto agrada a María esta importunidad por la salvación de tu alma y para hacerte más aceptable a su divino Hijo! finalmente, le rogarás por su humildad, que fue causa de su elevación a la dignidad de Madre de Dios, y por su divina Maternidad, que fue el fruto inefable de su humildad que te sea siempre más propicia

57. Asimismo, acude a aquellos santos que más han destacado en esta virtud. A san Miguel, que fue el primer humilde, como Lucifer fue el primer soberbio; a san Juan Bautista, que, aunque llegó a tan alto grado de santidad, que le tomaron por el Mesías, tenía tan bajo concepto de sí mismo, que se juzgaba indigno de desatar la correa de sus zapatos; a san Pablo, el Apóstol privilegiado, que fue arrebatado al tercer cielo, y que, después de haber escuchado los arcanos de la divinidad, se tenía por el

último de los apóstoles, hasta el punto de no merecer ni siquiera ese nombre (2 Cor. 12, 11); a san Gregorio Papa, que se esforzó, por escapar al Sumo Pontificado de la Iglesia, más que los ambiciosos por conseguir los mayores honores; a san Agustín, que, en la cima de la gloria que recibía de todos como santo Obispo y Doctor de la Iglesia Católica dejó en su libro admirable de las *Confesiones* y en el de las *Retracciones* un monumento inmortal de su humildad; a san Alejo, que, en la casa paterna, prefirió los desprecios y los ultrajes de sus servidores a los honores y dignidades que fácilmente hubiera podido cosechar; a san Luis Gonzaga, que siendo señor de un rico marquesado renunció a él con alegría y cambió las grandezas del siglo por una vida humilde y mortificada; en fin, recurrirás a tantos y tantos santos que resplandecen con luz muy viva por su humildad en las festividades de la Iglesia. Todos estos humildes siervos de Dios intercederán en el ciclo por ti, para que te cuentes en el número de los imitadores de su virtud.

58. La frecuencia en la Confesión y en la Comunión te proporcionará la ayuda más eficaz para perseveraren la práctica de la humildad. La Confesión, por medio de la cual revelamos a otro semejante nuestro todas las más secretas y vergonzosas miserias de nuestra alma, es el acto mayor de humillación mandado por Jesucristo a sus discípulos. La Sagrada Comunión, en la cual recibimos sustancialmente en nuestro pecho a Dios hecho hombre y anonadado por nuestro amor, es maravillosa escuela de humildad y poderosísimo medio de adquirirla. ¿Y cómo podrás dudar de que tu amabilísimo Jesús no quiere comunicártela, cuando su sagrado Corazón, aquel corazón tan manso y tan humilde, aquel homo de amor y de caridad descansa en cierto modo en tu corazón, que se lo pide con todo el fervor de su afecto? Acércate tantas veces como puedas a recibir aquel adorable Sacramento; y si a él te llegas con las disposiciones necesarias, siempre hallarás aquí el maná escondido reservado solamente a los que ansiosamente lo buscan.

59. Por lo demás, ten siempre valor contra las dificultades que sufrirás en la práctica de todo lo que te he enseñado hasta aquí, y contra la oposición que hallarás en ti mismo. Debes guardarte mucho de decir lo que los tímidos discípulos: *Dura es esta doctrina: ¿quién podrá oírla y practicarla?* (Juan. 6, 61). Porque en verdad te aseguro que todas las amarguras que sientas al principio se te convertirán muy pronto en dulzura inefable y en consuelos del Paraíso. La santa perseverancia en tal ejercicio te librarás de mil angustias de espíritu e infundirá en tu pecho tanta paz y tranquilidad, que gustarás anticipadamente el eterno placer preparado por

Dios en el Cielo a sus fieles servidores. Si por pereza dejas de poner los medios necesarios para alcanzar la humildad, te sentirás pesaroso, inquieto, descontento, y harás la vida imposible a ti mismo y quizá también a los demás, y, lo que más importa, correrás gran peligro de perderte eternamente; al menos se te cerrará la puerta de la perfección, ya que fuera de la humildad no hay otra puerta por la que se pueda entrar. Ármate, pues, de un santo atrevimiento para que nadie te pueda abatir; alza los ojos y mira allá arriba a Jesús Crucificado, que, cargado con su cruz, te enseña el camino de la humildad y de la paciencia, que han recorrido ya muchos santos que reinan con Él en el cielo; mira cómo te anima a seguir su camino y el de los verdaderos imitadores de su virtud. Mira a los santos ángeles cómo ansían tu salvación, mira cómo te animan a que tomes la senda angosta, la única segura, la única que conduce al cielo y que nos hace ocupar esos lugares del paraíso que dejó vacíos la soberbia de los ángeles rebeldes. ¿No oyes cómo los bienaventurados proclaman por todo el paraíso que la única vía que les ha permitido gozar de esa gloria inmensa es la de las humillaciones y sufrimientos? Contempla cómo gozan y se alegran contigo por esos primeros deseos que has concebido de imitarlos; mira cómo te animan a no perder el ánimo. Ármate, pues, de fuerza y de valor para comenzar sin tardanza esa gran obra. Son palabras de Cristo que *el reino de los cielos sufre violencia* (Mat. 11, 12). Dichoso tú y mil veces dichoso, si, convencido de esto, tu primer pensamiento fuere practicar la humildad para merecer la eterna grandeza del Paraíso.

60. Por último, reflexiona que nuestro divino Maestro recomendaba a sus discípulos que se confesaran inútiles siervos aun después de haber cumplido todo lo mandado (Luc. 17, 10). Así también tú, cuando con la mayor exactitud hayas practicado estas advertencias deberás tenerte por siervo inútil, y abriga firmemente la persuasión de que eres deudor de ello, no a tus fuerzas y a tus méritos, sino a la gratuita bondad e infinita misericordia de Dios, y dale siempre gracias de tan gran beneficio con todo el afecto y toda la efusión de tu corazón. Finalmente, ruégale todos los días que se digne conservarte este tesoro hasta el último momento en que tu alma, libre de todos los lazos que la tenían sujeta a las criaturas, pueda dirigir su vuelo al seno de su Creador para gozar eternamente de la Gloria preparada para los humildes.

APÉNDICE

Plática de San Antonio M^a Claret

Todo aquel que se ensalza será humillado; y el que se humilla será ensalzado.

Quiso nuestro Señor Jesucristo instruir a aquellos que creyéndose justos ponen en sí mismos toda su confianza y menosprecian a los demás mirándoles como malvados y les propone esta parábola que tiene todo el aire de una historia verdadera.

Dos hombres, fueron al templo para hacer en Él su oración: uno de ellos era fariseo, y el otro publicano. El fariseo estando en pie hablaba a Dios de esta suerte: Dios mío, yo os doy gracias porque no soy como los demás hombres, que son ladrones, injustos y adúlteros, ni como este publicano. Yo ayuno dos veces a la semana, y doy el diezmo de todo lo que poseo. Esta era su oración, o más bien una afectación llena de vanidad. Entró en el templo para orar, y no obstante no se halla ninguna súplica en cuanto dice. No vino a orar ni a dar gracias a Dios, sino a alabarse a sí mismo y a insultar al mismo a quien ora.

Al contrario, el publicano, quedándose lejos del altar, ni siquiera se atrevía a levantar sus ojos al cielo, pero hería su pecho diciendo: Dios mío, tened compasión de mí que soy un pecador. Yo os declaro, añade Jesucristo, que este volvió justificado a su casa, y no el otro. Se le perdonaron al publicano sus pecados, y volvió justificado: las virtudes del fariseo son inútiles, y entra en su casa más criminal de lo que había salido. ¿De dónde viene esta diferencia? Es que fue más agradable a Dios la humildad del publicano que el vano alarde de las buenas acciones del fariseo; porque cualquiera que se eleva será humillado, concluye Jesucristo, y cualquiera que se humilla será levantado.

Ved aquí la regla, no nos engañemos; la ley es general; es nuestro divino Maestro quien acaba de publicarla; es necesario que todo se abata. Cuando hubieres elevado tu cabeza hasta el cielo, te atrancaré de allí, dice el Señor. El camino único de la elevación es la humildad; y el que no sigue este camino nunca entrará en el cielo.

¿Qué es, la humildad? Es una virtud, dice san Bernardo, que haciéndonos conocer lo que somos, nos enseña a menospreciarnos a nosotros mismos. Cuando un hombre se considera a sí mismo, mira lo que es y lo que no es: compara sus verdaderos defectos con sus pretendidas virtudes; y conociéndose tal como es, se desprecia, y no hace estimación de sí; entonces se puede decir que es humilde. Así la humildad no consiste simplemente en palabras ni en acciones exteriores: traer vestidos simples, andar con los ojos bajos, es una cosa que edifica; y no se puede dejar de vituperaren un cristiano un aire altivo, el lujo y la vanidad de los vestidos; no obstante, un exterior modesto no basta para ser verdaderamente humilde: tampoco basta hablar de sí mismo con menosprecio, y llamarte pecador miserable: muchos tienen estas palabras en la boca, que no siempre tienen la humildad en el corazón; no es necesario algunas veces más que una pequeña palabra que les desagrade, para conocer que no son tan humildes como parecen: Así no es este precisamente el verdadero carácter de la humildad. Esta consiste en un bajo concepto de sí mismo, fundado sobre el conocimiento de su nada y de su miseria. Ved aquí lo que es la humildad.

Esta virtud es absolutamente necesaria para entrar en el cielo: no son necesarias otras pruebas que aquellas palabras de Jesucristo a sus discípulos, que disputaban entre sí de la primacía. En verdad, yo os declaro, que si no os convertís, si no dejáis esos sentimientos de orgullo y ambición tan naturales al hombre, y si no os hacéis como niños, no entraréis en el reino de los cielos. Acaso me diréis que Jesucristo ordenándonos ser como niños, puede encargarnos otras virtudes que la humildad; pues quiere que seamos mansos e ingenuos como los niños, y sinceros y desinteresados como ellos. Puede habernos encomendado todas estas virtudes; pero en este lugar habla particularmente de la humildad; porque añade que aquel que se humillare como este niño, será más grande en el reino de los cielos. Es bueno que sea manso como este niño, sencillo y desinteresado como él; pero es también absolutamente necesario que sea humilde como él, si quiere tener parte en mi gloria. La humildad es la base y el fundamento de la religión, y de toda la piedad cristiana. Es esta virtud, dice san Bernardo, la que nos alcanza todas las otras, la que las conserva después que las hemos recibido, y la que las perfecciona.

La humildad alcanza las otras virtudes. ¿Es necesario paciencia? La humildad enseña a ejercerla. ¿Se quiere conseguir el perdón de los pecados? Dios lo concede al humilde. En una palabra, sed humildes, y obtendréis de Dios todo lo que le pidieréis. Las lluvias de la gracia corren

sobre los humildes como el agua corre por los valles: y como la abundancia de las aguas hace fértiles a los valles. Asimismo la abundancia de los dones de Dios hace que los humildes fructifiquen todos los días en virtudes y en buenas obras. Como Dios resiste a los soberbios, así da gracia a los humildes. San Agustín estaba tan convencido de que la humildad es la raíz de todas las virtudes, como la soberbia el principio de todos los vicios, que escribiendo a un amigo suyo llamado Dióscoro, que le había preguntado cuál era la virtud que le facilitaría la práctica de todas las otras, le responde que la humildad. A esta virtud, le dice, deseo, mi amado amigo que te apliques de todo corazón. Yo he trabajado mucho para elevarme al conocimiento de la verdad; pero puedo asegurarte que no he hallado otro camino para elevarme a él que el de la humildad, y tampoco tú hallarás otro que éste. El primer camino que se debe tomar para ir al cielo, que es la mansión de la verdad, es la humildad, el segundo es la humildad, el tercero es la humildad; y cuantas veces me preguntes por el camino que conduce a la gloria, te responderé siempre que la humildad: todo otro camino es falso, y conduce al precipicio.

No hay cosa más peligrosa que sacar al público nuestras virtudes: el amor propio es su mortal enemigo: no las saca al público sino para darles el golpe de muerte. Por eso David decía que temía mucho la altura del día. El lustre y la gloria que acompañan las virtudes son tanto más de temer, cuanto la vanagloria es como un ladrón manso que nos despoja de nuestras riquezas espirituales, y nos roba de un modo lisonjero y agradable las virtudes que hemos adquirido. Esto ha hecho decir a san Agustín, que la soberbia se distingue de los otros vicios en que los otros vicios nacen de los pecados, mientras que la soberbia es de temer aún en las buenas obras. ¡Cuántos cristianos perecieron por esto! Si pudiéramos abrir el infierno, ¡cuántas almas veríamos que cayeron en él por la soberbia como Lucifer! ¡Cuántos devotos y devotas en la apariencia se han precipitado en él por su funesta hipocresía, que corrompió todas sus muchas obras! ¡Cuántos solitarios que encanecieron en los desiertos bajo los ojos de un superior, pero que después de haber pasado la mayor parte de su vida en ayunos sumamente rigurosos y maceraciones inauditas, perdieron, en fin, todas estas virtudes por no haber tenido la de la humildad, que es baluarte, y la que sola puede conservarlas y conducir las a la última perfección!

¿Aspiráis a cosas grandes? —dice san Agustín—, comenzad por las menores. ¿Queréis elevar muy alto el edificio de la piedad cristiana? Pensad primero en el fundamento de la humildad. Se profundiza siempre los cimientos de un edificio a proporción de la elevación que se le quiere

dar: si queréis, pues elevar mucho el de la perfección, echad los cimientos de una humildad profunda. Esta es la conducta que tuvieron todos los Santos. Se ha visto a algunos conservar hasta el fin de su vida la memoria de sus pecados pasados para precaverse contra la tentación de la soberbia, que es, como dicen los santos Padres, el último lazo que el demonio nos tiende. Ved a san Pablo, el Apóstol por excelencia, que había sido destinado y escogido de Dios para anunciar el Evangelio a los gentiles, y que había sido elevado hasta el tercer cielo; sin embargo de todos estos privilegios, se mira como un aborto, como el último de los Apóstoles: se juzga indigno de esta clase: se tiene por el primero de los pecadores, que ha sido en otro tiempo un blasfemo y un perseguidor de Jesucristo. ¿De dónde viene esto? Es que este grande Apóstol, habiendo de tener tanta elevación en la Iglesia, no se cansaba de humillarse: olvidaba sus virtudes y sólo se acordaba de sus pecados. Esta fue, hermanos míos, la disposición de todos los Santos: y esta debe ser también la nuestra, si queremos recibir como ellos la recompensa de nuestras virtudes. Un árbol, cuanto más cargado está de frutos, más abate sus ramas: así nosotros, cuanto más mérito hubiéramos adquirido y cuantas más buenas obras hayamos hecho, tanto más debemos humillarnos.

Si queremos abrir un poco los ojos sobre todo lo que nos rodea, veremos fácilmente que no hay cosa sobre la tierra que nos nos dé lecciones de humildad; pero entre todo, nada hallo que deba hacer más impresión sobre nosotros que la consideración de la grandeza de Dios, de los abatimientos de Jesucristo, y de nuestra propia miseria.

¿Se puede considerar la grandeza de un Dios sin aniquilarse en su presencia? ¿En dónde está el que se representa como debe la suprema majestad de este Ser soberano, sus perfecciones infinitas, su eternidad, su poder, su justicia, su providencia siempre benéfica y atenta a todas nuestras necesidades, que no se vea forzado a clamar con el Rey profeta; *No. no soy sino una nada delante de Vos?* Ni siquiera es necesario recurrir a la fe para concebir tan justos sentimientos, basta la razón sola para convencernos de esta necesidad. Si fuéramos tan ciegos que concibiéramos alguna estimación de nosotros mismos, nos bastaría levantar los ojos al cielo, y considerar al Autor de la naturaleza para corregir esta ridícula vanidad. Y si la majestad de Dios debe humillarnos, ¿los abatimientos de Jesucristo su Hijo contribuyen menos a ello?

Entre tanto que Dios se mantuvo en aquella grandeza y aquella elevación que le es propia, la humildad fue casi desconocida en la tierra;

pero después de la encarnación de Jesucristo, su Hijo, halla el hombre en la humildad de un Dios el remedio con que curar la hinchazón su corazón. Cuando considero que un Dios quiso humillarse por mí, no sólo hasta hacerse hombre, sino también hasta hacerse el oprobio de los hombres; cuando veo a este Dios encarnado seguir el camino de la bajeza y la humillación desde el pesebre hasta la cruz; entonces tengo vergüenza de haberme aprovechado tan mal de esta importante lección que mi adorable Salvador me ha dado durante todo el tiempo que vivió en la tierra. Un Dios se humilla y se anonada, ¡y un gusano de la tierra se atreve a engreírse! Un Dios vive en la oscuridad y el menosprecio, ¡y el hombre quiere ser estimado y honrado! ¡Ah, Señor! esto es insoportable, y no hay sino la soberbia del demonio que pueda resistir a un tal ejemplo.

Un nuevo motivo de humildad es nuestra propia miseria: con mirarla de cerca hallaremos en ella una infinidad de motivos para humillarnos. A cualquier parte que el hombre se vuelva podemos decirle que trae en medio de sí mismo los principios y los motivos de su humillación. ¿No sabe que en el orden de la naturaleza la nada es su origen, que se pasaron una infinidad de siglos antes de él, y que nunca podría salir por sí mismo de este espantoso e impenetrable abismo? ¿Ignora que aun después de criado tiene en sí un peso secreto que le arrastra a la nada; que no es necesario para ser reducido a ella sino que la mano que le dio el ser. deje de sostenerle; y que si Dios cesase de conservarle, faltaría de la tierra con la misma facilidad que la ausencia de su cuerpo hace desaparecer en el espejo la imagen que lo representa? ¿Qué es, pues, el hombre, para atreverse a blasonar de su nacimiento y de las otras prerrogativas de la naturaleza? Basura antes de nacer, miseria cuando viene al mundo, e infección cuando sale de él. Haber nacido de una mujer, vivir poco, llorar mucho y morir ahora no es razón para gloriarse si considera, dice san Gregorio papa, lo que pasa dentro y fuera de sí.

Tampoco tiene menos motivos de humillarse en el orden de la gracia: por más dones y talentos que tenga, le vienen todos de la mano liberal del Señor, que los distribuye a cada uno según su beneplácito, y por consiguiente no puede gloriarse de ello. Si alguno cree que es alguna cosa, dice san Pablo, se engaña muy torpemente; porque en efecto no es nada. Un concilio ha declarado asimismo que el hombre, en vez de ser autor de su salvación, no es capaz sino de perderse, y que de suyo no tiene sino el pecado y la mentira. Así nos enseña san Agustín, que la gran ciencia del hombre consiste en saber que es nada por sí mismo, y que todo lo que es lo tiene de Dios y lo debe a Dios.

En fin, el hombre debe humillarse por orden a la gloria y al honor que esperamos en la otra vida: porque ¿qué puede hacer él que le haga capaz de esta felicidad eterna? No hay sino Dios que pueda hacerle digno de ella. El es, dice san Pablo, quien nos ha predestinado para ser conformes a la imagen de su Hijo: Él es el que nos llama, el que nos justifica y el que, en fin, glorifica a los que ha justificado. No debemos, pues, contar sobre nosotros mismos, sino sobre la misericordia de Dios y sobre los méritos de Jesucristo su Hijo. Como hijos de Adán no merecemos sino la reprobación; y si Dios quiere damos entrada en su reino, debemos reconocer humildemente que este es un puro efecto de su bondad, que corona sus propios dones recompensando nuestros méritos; así no tenemos que engréimos sobre tantos otros que quedaron en la masa de corrupción.

Conclusión: Digamos de aquí en adelante como David: “No me contentaré con ser humilde a los ojos de otros: lo seré también a mis propios ojos, amaré una virtud que es tan agradable a Dios, y de que Jesucristo me ha dado un tan bello ejemplo”.

Plática de San Juan María Vianney, Cura de Ars

Si el orgullo engendra todos los pecados, podemos también decir que la humildad engendra todas las virtudes. Con la humildad tendréis todo cuanto os hace falta para agradar a Dios y salvar vuestra alma; mas sin ella, aun poseyendo todas las demás virtudes será cual si no tuvieseis nada. “Esta hermosa virtud, dice san Bernardo, fue la causa de que el Padre Eterno mirase a la Santísima Virgen con complacencia; y si la virginidad atrajo las miradas divinas, su humildad fue la causa de que concibiese en su seno al Hijo de Dios. Si la Santísima Virgen es la Reina de las Vírgenes, es también la Reina de los humildes”. Preguntaba un día santa Teresa al Señor porqué, en otro tiempo, el Espíritu Santo se comunicaba con tanta facilidad a los personajes del Antiguo Testamento, patriarcas o profetas declarándoles sus secretos, cosa que no hace al presente. El Señor le respondió que ello era porque aquellos eran más sencillos y humildes, mientras que en la actualidad los hombres tienen el corazón doble y están llenos de orgullo y vanidad. Dios no comunica con ellos ni los ama como amaba a aquellos buenos patriarcas y profetas, tan simples y humildes. Nos dice san Agustín: “Si os humilláis profundamente, si reconocéis vuestra nada y vuestra falta de méritos, Dios os dará gracias en abundancia; mas, si queréis exaltaros y teneros en algo, se alejará de vosotros y os abandonará en vuestra pobreza”.

Nuestro Señor Jesucristo, para darnos a entender que la humildad es la más bella y la más preciosa de todas las virtudes, comienza a enumerar las bienaventuranzas por la humildad, diciendo: “Bienaventurados los pobres de espíritu, pues de ellos es el reino de los cielos”. Nos dice san

Agustín que esos pobres de espíritu son aquellos que tienen la humildad por herencia. Dijo a Dios el profeta Isaías: “Señor ¿sobre quiénes desciende el Espíritu Santo? ¿Acaso sobre aquellos que gozan de gran reputación en el mundo, o sobre los orgullosos? —No, dijo el Señor, sino sobre aquel que tiene su corazón humilde”.

Esta virtud no solamente os hace agradables a Dios, sino también a los hombres. Todo el mundo ama a una persona humilde, todos se deleitan en su compañía. ¿De dónde viene, en efecto, que por lo común los niños

son amados de todos, sino de que son sencillos y humildes? La persona que es humilde cede, no contraría a nadie, no causa enfado en nadie, se contenta de todo y busca siempre ocultarse a los ojos del mundo. Admirable ejemplo de esto nos lo ofrece san Hilarión. Refiere san Jerónimo que este gran Santo era solicitado de los emperadores, de los reyes y de los príncipes, y atraía hacia el desierto á las muchedumbres por el olor de su santidad, por la fama y renombre de sus milagros; mas él se escondía y huía del mundo cuanto le era posible. Frecuentemente cambiaba de celda, a fin de vivir oculto y desconocido; lloraba continuamente a la vista de aquella multitud de religiosos y de gente que acudían a él para que les curase sus males. Echando de menos su pasada soledad, decía, llorando: “He vuelto otra vez al mundo, mi recompensa será sólo en esta vida, pues todos me miran ya como persona de consideración”.

“Y nada tan admirable, nos dice san Jerónimo, como el hallarle tan humilde en medio de los muchos honores que se le tributaban... Decidme ¿es esto humildad y desprecio de sí mismo? ¡Cuán raras son estas virtudes! Mas también ¡cuánto escasean los santos! En la misma medida que se aborrece a un orgulloso, se aprecia a un humilde, puesto que éste toma siempre para sí el último lugar, respeta a todo el mundo, y ama también a todos; esta es la causa de que sea tan buscada la compañía de las personas que están adornadas de tan bellas cualidades.

Digo que la humildad es el fundamento de todas las demás virtudes. Quien desea servir a Dios y salvar su alma, debe comenzar por practicar esta virtud en toda su extensión. Sin ella nuestra devoción será como un montón de paja que habremos levantado muy voluminoso, pero al primer embate de los vientos queda derribado y deshecho. El demonio teme muy poco esas devociones que no están fundadas en la humildad, pues sabe muy bien que podrá echarlas al traste cuando le plazca. Lo cual vemos aconteció a aquel solitario que llegó hasta a caminar sobre carbones encendidos sin quemarse; pero, falto de humildad, al poco tiempo cayó en los más deplorables excesos. Si no tenéis humildad, podéis decir que no tenéis nada, a la primera tentación seréis derribados. Se refiere en la vida de san Antonio que Dios le hizo ver el mundo sembrado de lazos que el demonio tenía preparados para hacer caer a los hombres en pecado. Quedó de ello tan sorprendido, que su cuerpo temblaba cual la hoja de un árbol, y dirigiéndose a Dios le dijo: “Señor, ¿quién podrá escapar de tantos lazos?” Y oyó una voz que le dijo: “Antonio, el que sea humilde; pues Dios da a los humildes la gracia necesaria para que puedan resistir a las tentaciones;

mientras pe imite que el demonio se divierta con los orgullosos, los cuales caerán en pecado en cuanto sobrevenga la ocasión. Mas a las personas humildes el demonio no se atreve a atacarlas”. Al verse tentado san Antonio, no hacía otra cosa que humillarse profundamente ante Dios, diciendo: “¡Señor, bien sabéis que no soy más que un miserable pecador!” Y al momento el demonio emprendía la fuga.

Cuando nos sintamos tentados, mantengámonos escondidos bajo el velo de la humildad y veremos cuán escasa sea la fuerza que el demonio tiene sobre nosotros. Leemos en la vida de san Macario que, habiendo un día salido de su celda en busca de hojas de palma, se le apareció el demonio con espantoso furor, amenazando herirle; mas, viendo que le era imposible porque Dios no le había dado poder para ello, exclamó:” ¡Macario, cuánto me haces sufrir! No tengo facultad para maltratarte, aunque cumpla más perfectamente que tú lo que tú practicas: pues tú ayunas algunos días, y yo no como nunca; tú pasas algunas noches en vela, yo no duermo nunca. Sólo hay una cosa en la cual ciertamente me aventajas”. San Macario le preguntó cuál era aquella cosa. “Es la humildad”. El Santo se postró, la faz en tierra, pidió a Dios no le dejase sucumbir a la tentación, y, al momento el demonio emprendió la fuga. ¡Cuán agradables nos hace a Dios esta virtud, y cuán poderosa es para ahuyentar el demonio! ¡Pero también cuán rara! Lo cual se puede comprobar con sólo considerar el escaso número de cristianos que resisten al demonio cuando son tentados...

No son todas las palabras, todas las manifestaciones de desprecio de sí mismo lo que nos prueba que tenemos humildad. Voy a citaros ahora un ejemplo, el cual os probará lo poco que valen las palabras. Hallamos en la *Vida de los Padres del desierto* que, habiendo venido un solitario a visitar a san Serapio, no quiso acompañarle en sus oraciones, porque, decía, he cometido tantos pecados que soy indigno de ello, ni me atrevo a respirar aquí donde vos estáis. Permanecía sentado en el suelo por no atreverse a ocupar el mismo asiento que san Serapio. Este Santo, siguiendo la costumbre entonces muy común, quiso lavarle los pies, y aun fue mayor la resistencia del solitario. Veis aquí una humildad que, según los humanos juicios, tiene todas las apariencias de sincera; mas ahora vais también a ver en qué paró. San Serapio se limitó a decirle, a manera de aviso espiritual, que tal vez haría mejor permaneciendo en su soledad, trabajando para vivir, que no corriendo de celda en celda como un vagabundo. Ante este aviso, el solitario no supo ya disimular la falsedad de su virtud; se enojó en gran manera contra el Santo y se marchó. Al ver esto, le dijo aquel; “Hijo

mío, ¡me decías hace un momento que habías cometido todos los crímenes imaginables, que no os atrevíais a rezar ni a comer conmigo, y ahora, por una sencilla advertencia que nada tiene de ofensiva, os dejáis llevar del enojo! Vamos, hijo mío, vuestra virtud y todas las buenas obras que practicáis, están desprovistas de la mejor de las cualidades, que es la humildad”.

Por este ejemplo podéis ver cuán rara es la verdadera humildad. Cuánto abundan los que, mientras se los alaba, se los lisonjea, o a lo menos, se les manifiesta estimación, son todo fuego en sus prácticas de piedad, lo darían todo, se despojarían de todo; mas una leve reprensión, un gesto de indiferencia, llena de amargura su corazón, los atormenta, les arranca lágrimas de sus ojos, los pone de mal humor, los induce a mil juicios temerarios, pensando que son tratados injustamente, que no es éste el trato que se da a los demás. ¡Cuán rara es esta hermosa virtud entre los cristianos de nuestros días! ¡Cuántas virtudes tienen sólo la apariencia de tales, y a la primera prueba se vienen abajo!

Pero, ¿en qué consiste la humildad? Vedlo aquí: ante todo os diré que hay dos clases de humildad, la interior y la exterior. La *exterior* consiste: 1.º En no alabarse del éxito de alguna acción por nosotros practicada, en no relatarla al primero que nos quiera oír: en no divulgar nuestros golpes audaces, los viajes que hicimos, nuestras mañas o habilidades, ni lo que de nosotros se dice favorable; 2.º En ocultar el bien que podemos haber hecho, como son las limosnas, las oraciones, las penitencias, los favores hechos al prójimo, las gracias interiores de Dios recibidas; 3.º En no complacernos en las alabanzas que se nos di rigen; para lo cual deberemos procurar cambiar de conversación, y atribuir a Dios todo el éxito de nuestras empresas; o bien deberemos dar a entender que el hablar de ello nos disgusta, o marchamos, si nos es posible. 4.º Nunca deberemos hablar ni bien ni mal de nosotros mismos. Muchos tienen por costumbre hablar mal de sí mismos, para que se los alabe; esto es una falsa humildad a la que podemos llamar humildad *con anzuelo*. No habléis nunca de vosotros, contentaos con pensar que sois unos miserables, que es necesaria toda la caridad de un Dios para soportaros sobre la tierra. 5.º Nunca se debe disputar con los iguales; en todo cuanto no sea contrario a la conciencia, debemos siempre ceder; no hemos de figurarnos que nos asiste siempre el derecho; aunque lo tuviéramos hemos de pensar al momento que también podríamos equivocarnos, como tantas veces ha sucedido; y, sobre todo, no hemos de tener la pertinacia de ser los últimos en hablaren la discusión, ya que ello revela un espíritu repleto de orgullo. 6.º Nunca hemos de mostrar

tristeza cuando nos parece ser despreciados, ni tampoco ir a contar a los demás nuestras cuitas. 7.º Debemos estar contentos al vemos despreciados, siguiendo el ejemplo de Jesucristo, de quien se dijo que se “vería harto de oprobios”, y el de los apóstoles, de quienes se ha escrito “que experimentaban una grande alegría porque habían sido hallados dignos de sufrir una ignominia por amor de Jesucristo”; todo lo cual constituirá nuestra mayor dicha y nuestra más firme esperanza en la hora de la muerte. 8.º Cuando hemos cometido algo que pueda sernos echado en cara, no debemos excusar nuestra culpa; ni con rodeos, ni con mentiras, ni con el gesto debemos dar lugar a pensar que no lo cometimos nosotros. Aunque fuésemos acusados falsamente, mientras la gloria de Dios no sufra menoscabo, deberíamos callar. 9.º Esta humildad consiste en practicar aquello que más nos desagrada, lo que los demás no quieren hacer, y en complacerse en vestir con sencillez.

En esto consiste la humildad exterior. Mas ¿en qué consiste la *interior*! Vedlo aquí. Consiste: 1.º En sentir bajamente de sí mismo; en no aplaudirse jamás en lo íntimo de su corazón al ver coronadas por el éxito las acciones realizadas; en creerse siempre indigno e incapaz de toda buena obra, fundándose en las palabras del mismo Jesucristo cuando nos dice que sin Él nada bueno podemos realizar, pues ni tan sólo una palabra, como, por ejemplo. “Jesús”, podemos pronunciar sin el auxilio del Espíritu Santo. 2.º Consiste en sentir satisfacción de que los demás conozcan nuestros defectos, a fin de tener ocasión de mantenemos en nuestra insignificancia; 3.º En ver con gusto que los demás nos aventajen en riquezas, en talento, en virtud, o en cualquier otra cosa; en sometemos a la voluntad o al juicio ajenos, siempre que ello no sea contra conciencia...

Es preciso que, si queremos que nuestras obras sean premiadas en el cielo, vayan todas ellas acompañadas de la humildad. Al orar, ¿poseéis aquella humildad que os hace consideraros como miserables e indignos de estar en la santa presencia de Dios? Si fuese así, no haríais vuestras oraciones vistiéndoos o trabajando. No. no la tenéis. Si fueseis humildes, ¿con qué reverencia, con qué modestia, con qué santo temor estaríais en la Santa Misa! No se os vería reír, conversar, volver la cabeza, pasear vuestra mirada por el templo, dormir, orar sin devoción, sin amor de Dios. Lejos de hallar largas las ceremonias y funciones, os sabría mal el término de ellas, y pensaríais en la grandeza de la misericordia de Dios al sufriros entre los fieles, cuando por vuestros pecados merecéis estar entre los réprobos. Si tuvieseis esta virtud, al pedir a Dios alguna gracia, haríais como la Cananea, que se postró de hinojos ante el Salvador, en presencia

de todo el mundo; como Magdalena, que besó los pies de Jesús en medio de una numerosa reunión. Si fuereis humildes, harías como aquella mujer que hacía doce años que padecía flujo de sangre y acudió con tanta humildad a postrarse a los pies del Salvador, a fin de conseguir tocar el extremo de su manto. Si tuvieseis esta virtud al confesaros, ¡cuán lejos andaríais de ocultar vuestros pecados, de referirlos como una historia de pasatiempo y, sobre todo, de relatar los pecados de los demás! ¿Cuál sería vuestro temor al ver la magnitud de vuestros pecados, los ultrajes inferidos a Dios, y al ver, por otro lado, la caridad que muestra al perdonaros? ¡Dios mío!, ¿no moriríais de dolor y de agradecimiento?... Si, después de haberos confesado, tuvieseis aquella humildad de que habla san Juan Clímaco, el cual nos cuenta que, yendo a visitar un cierto monasterio, vio allí a unos religiosos tan humildes, tan humillados y tan mortificados, y que sentían de tal manera el peso de sus pecados, que el rumor de sus gritos, y las preces que elevaban a Dios Nuestro Señor eran capaces de conmover a corazones tan duros como la piedra. Algunos había que estaban enteramente cubiertos de llagas, de las cuales manaba un hedor insoportable; y tenían tan poco atendido su cuerpo, que no les quedaba sino la piel adherida al hueso. El monasterio resonaba con gritos los más desgarradores. “¡Desgraciados de nosotros miserables! ¡Sin faltar a la justicia, oh Señor, podéis precipitarnos en los infiernos!” Otros exclamaban: “¡Señor, perdonadnos si es que nuestras almas son aún capaces de perdón!” Tenían siempre ante sus ojos la imagen de la muerte, y se decían unos a otros. “¿Qué será de nosotros después de haber tenido la desgracia de ofenderá un Dios tan bueno? ¿Podremos todavía abrigar alguna esperanza para el día de las venganzas?” Otros pedían ser atrojados al río para ser comidos de las bestias. Al ver el superior a san Juan Clímaco, le dijo: “Padre mío, ¿habéis visto a nuestros soldados?” Nos dice san Juan Clímaco que no pudo allí hablar ni rezar: pues los gritos de aquellos penitentes, tan profundamente humillados, le arrancaban lágrimas y sollozos sin que pudiera contenerse. ¿De dónde proviene que nosotros, siendo mucho más culpables, carezcamos enteramente de humildad? ¡Porque no nos conocemos!

Carta a un escéptico, de Jaime Balmes¹

Voy a responder a las dificultades que me propone usted sobre una de las virtudes más encarecidas por la religión cristiana. La humildad es cosa sobre la cual es lícito hablar sin rodeos, no habiendo el peligro de que una palabra poco mesurada haga salir los colores al rostro.

Algo volteriano está usted cuando hablado la virtud de la humildad y le aplica irónicamente el dictado de *sublime* que los cristianos nos complacemos en tributarle. Según parece, se ha formado usted ideas muy equivocadas sobre la naturaleza de dicha virtud, pues que llega a asegurar que, por más que lo desease, le sería imposible el ser humilde a la manera que lo exigen los libros de mística, por la sencilla razón de que no cree permitido el engañarse a sí mismo y de que, cuando se esforzase en ello, tampoco le sería dable conseguirlo. Gana de reír me ha dado el que usted se imagine haberme propuesto una dificultad insoluble con aquello de que no le es posible persuadirse que sea el más estúpido entre los hombres, pues que está viendo tantos otros que evidentemente no poseen los pocos o muchos conocimientos que a usted le han proporcionado la educación y la instrucción, ni tampoco que sea el más perverso entre los mortales, supuesto que ni roba, ni asesina, ni comete otros actos a que se arrojan algunos semejantes, y que, sin embargo, si escuchamos la doctrina de los místicos, ésta es la perfección de la humildad y a ella llegaron los santos más distinguidos, más adelantados en esta virtud. No tengo tampoco inconveniente en que usted no se encuentre de humor para andarse, como dice, por esas calles haciendo el loco con el fin de que los demás le desprecien y tener así ocasión de ejercer la humildad; pero lo que extraño es que tales argumentos los repute usted por invencibles y que cante de antemano la victoria, intimándome que, o es preciso tragar los absurdos que de estas máximas y ejemplos resultan, o condenar las vidas de grandes

¹ Extracto de la Carta XIII de libro *Cartas a un escéptico en materia de religión*, de Jaime Balmes.

santos y echara! fuego las obras de los místicos más afamados. Paréceme que el dilema no es tan perfecto que no deje salida.

Usted que se precia de caballeroso, creo que no estará reñido con santa Teresa de Jesús, a quien si reputa por ilusa, al menos no podrá dejar de tributarle el merecido elogio por sus eminentes virtudes, por su alma cándida, su bellissimo corazón, su talento claro y penetrante y su pluma tan amable como sublime. A esta Santa ya sabe usted que algo se le alcanzaba de achaque de virtudes cristianas, y que con lo mucho que había meditado y leído, y consultado además con hombres sabios, o, como ella dice, grandes letrados, debía de saber en qué consistía la humildad, y cómo era entendida y explicaba esta virtud en el seno de la Iglesia católica. Y ¿cree usted que la Santa pensaba que para ser humilde era preciso comenzar engañándose a sí propia? Apostaría yo que usted no acierta en la definición que da de la humildad, definición admirable y que. preciso me es decirlo, parece excogitada a propósito para contestar a las dificultades de usted. Refiere la Santa que no comprendía porqué la humildad era tan agradable a Dios, y que, discurrendo un día sobre este punto, alcanzó que era así porque la *humildad es la verdad*. Ya ve usted que no se trata de engaño, y que tan distante está de obligarnos a él la humildad, que antes bien con ella disipamos el engaño, porque su mérito más sólido, el título por el cual es agradable a Dios, es el ser verdad.

La humildad bien entendida

¿Está en oposición con la virtud de la humildad el que conozcamos las buenas dotes naturales o sobrenaturales con que Dios nos ha favorecido? No, antes al contrario. Revuelva usted todas las obras de los teólogos escolásticos y místicos, y a todos los encontrará de acuerdo en que dicha virtud no se opone a semejante conocimiento. Quien experimenta a cada paso que comprende con mucha facilidad cuanto lee u oye, que le basta fijar su meditación sobre las cuestiones más abstrusas para que se le presenten desde luego claras y despejadas, no hay inconveniente en que se halle interiormente convencido de que Dios le ha dispensado este señalado favor; más diré, le es imposible dejar de abrigar esta convicción, que tiene por objeto un hecho que está presente a su ánimo y de que le asegura su conciencia propia, como que es una serie de actos que acompañan de continuo su existencia, que constituyen su vida

intelectual, aquella vida íntima de que estamos tan ciertos como de la existencia de nuestro propio cuerpo. ¿Podrá usted figurarse que santo Tomás estuviese persuadido de que era tan ignorante como los legos de su convento? San Agustín, ¿era posible que creyese conocer tan poco la ciencia de la religión como el último del pueblo a quien le explicaba? San Jerónimo, que tan aventajados conocimientos poseía en las lenguas sabias y en cuanto es menester para interpretar atinadamente la Sagrada Escritura, ¿diremos que en su interior no estaba penetrado de que poseía más que medianamente el griego y el hebreo, y de que sus investigaciones con que se remontaba hasta las fuentes de la erudición habían sido del todo infructuosas? No; no dicen los cristianos tales disparates. Una virtud tan sólida, tan hermosa, tan agradable a los ojos de Dios, no puede exigir que cerremos los ojos para no ver lo que es más claro que la luz del día.

Bien entendida la humildad, trae consigo el claro conocimiento de lo que somos, sin añadir ni quitar nada; quien tenga sabiduría puede interiormente reconocerlo así, pero debe al propio tiempo confesar que la ha recibido de Dios, y que a Dios se debe el honor y la gloria. Debe reconocer también que esta sabiduría, si bien levanta mucho más su entendimiento que el de los ignorantes, o de los menos sabios que él, le deja, sin embargo, muy inferior a los demás sabios que se le aventajan en extensión y profundidad. Debe al propio tiempo considerar que esta sabiduría no le da derecho para despreciara nadie, pues que, teniéndola por especial beneficio de Dios, de la misma manera la hubieran poseído los otros si el Criador se hubiese dignado otorgársela. Debe considerar que este privilegio no le exime de las flaquezas y miserias a que está sometida la humanidad, y que cuanto más sean los favores con que Dios le haya distinguido, cuanto más claro sea en entendimiento para conocer el bien y el mal, tanta más estrecha cuenta deberá dar a Dios, que de tal suene le ha hecho objeto de su bondadosa munificencia. Quien tenga virtudes no hay inconveniente en que lo reconozca así, confesando al propio tiempo que son debidas a particular gracia del cielo; que si no comete maldades a que se arrojan otros hombres es porque Dios le tiene de su mano; que si hace el bien y evita el mal por medio de la gracia, esta gracia le ha sido concedida por Dios; que si por misma índole está inclinado aciertos actos virtuosos, causándole honor los vicios opuestos, esa índole le ha venido también de Dios: en una palabra, tiene motivo para estar contento, mas no para engreírse, supuesto que sería injusto atribuyéndose lo que no le pertenece y defraudando a Dios la gloria que le corresponde.

Cuanto hay de bueno, no es nuestro

Oiga usted sobre este particular al gran santo, al hombre que tan alto se levantó en todas las virtudes cristianas especialmente en la de la humildad: san Francisco de Sales, y vea usted cómo no sólo conviene en que es lícito reconocer los bienes que nosotros tenemos, sino también en que es permitido y muchas veces saludable el fijar sobre ellos la atención, el pararse detenidamente a considerarlos.

Pero tú desearás, Filotea, que te conduzca más adelante a la humildad, porque lo que de ella hasta aquí he tratado más parece sabiduría que humildad. Paso, pues, adelante; muchos no quieren ni se atreven a pensar y considerar en particular las gracias y mercedes que Dios les ha hecho, temerosos de dar en la vanagloria y complacencia, en lo cual ciertamente se engañan, porque, como dice el gran Doctor Angélico, el verdadero medio de llegar al amor de Dios es la consideración de sus beneficios, porque cuanto más lo conociéramos, tanto más le amaremos, y como los beneficios particulares mueven más particularmente que los comunes, así también deben ser considerados más atentamente. Es cierto que nada nos puede humillar tanto delante de la misericordia de Dios como la muchedumbre de sus beneficios, ni nada nos puede humillar tanto delante de su justicia como la multitud de nuestras maldades. Consideremos lo que ha hecho por nosotros y lo que nosotros hemos hecho contra Él, y como consideramos por menudo nuestros pecados consideraremos así por menudo sus gracias. No hay que temer que el conocimiento de lo que ha puesto en nosotros nos envanezca, con tal que atendamos a esta verdad, que cuanto hay bueno en nosotros no es nuestro. ¿Los mulos, dime, dejan de ser torpes y hediondas bestias porque estén cargados de muebles preciosos y olores de príncipes? ¿Qué tenemos nosotros bueno que no hayamos recibido? Y si lo hemos recibido ¿Porqué nos queremos ensoberbecer? (1 Cor. 4, 7). Al contrario, la viva consideración de las mercedes recibidas nos hace humildes, porque el conocimiento engendra el reconocimiento; pero si, viendo los beneficios que Dios nos ha hecho, nos llegase a inquietar cualquiera suerte de vanidad, el remedio infalible será recurrir a la consideración de nuestras ingratitudes, de nuestras perfecciones y de nuestras miserias. Si consideramos lo que hacíamos cuando Dios no estaba con nosotros conoceremos que lo que hacemos cuando nos acompaña no es de nuestra industria ni de nuestra cosecha. Nos alegraremos verdaderamente y nos regocijaremos porque tenemos

algún bien; pero glorificaremos sólo a Dios, como autor de él. Así la Santísima Virgen confesó que Dios obró en Ella cosas grandes; pero esto fue por humillarse y engrandecer a Dios: “Mi alma, dice, engrandece al Señor, porque ha hecho en mí cosas grandes” (Luc. 1^{46y49}).

La gravedad del más pequeño pecado

No se trata de engañarse a sí mismo, sino de conocer las cosas tales como son en sí. “Entonces, me objetará usted, ¿cómo es que los grandes santos digan a boca llena que son los mayores pecadores del mundo, que son indignos de que la tierra los sostenga, que son los más ingratos entre los hombres?” Entienda usted el verdadero sentido de estas palabras; advierta que andan acompañadas de un sentimiento de profunda compunción; que son pronunciadas en momentos en que el espíritu se anonada en la presencia del Criador; y echará usted de ver que son susceptibles de interpretación muy razonable. Aclarémoslo con un ejemplo. Cuando santa Teresa de Jesús decía que era la mayor pecadora de la tierra ¿deberemos pensar que ella creyese ser culpable de los delitos de las mujeres más perdidas, cuando le constaba muy bien la pureza de su cuerpo y alma, cuando sabía los inefables beneficios con que el Señor la estaba favoreciendo? Claro es que no. Más diré: ¿Debemos suponer que se creyese con un solo pecado mortal en la conciencia? Es cierto que no, pues de lo contrario no se hubiera atrevido a recibir el augustísimo Sacramento del Altar, que, sin embargo, recibía con tanta frecuencia y con tales éxtasis de gratitud y de amor. Ahora bien, la Santa no ignoraba que en el mundo había muchas personas culpables de pecados graves y gravísimos a los ojos de Dios, ella era la primera en deplorarlo y en rogar al cielo que se dignase mirar a aquellos desgraciados con ojos de misericordia, luego, cuando aseguraba que era la mujer más pecadora de la tierra no podía entenderlo en un sentido riguroso, tal como usted parece quererlo interpretar. ¿Qué significaba, pues? Helo aquí muy sencillamente. Asistamos a una de las escenas que se representaban en su espíritu, y comprenderemos perfectamente el sentido de las palabras que son para usted piedra de escándalo. Puesta en presencia de Dios con fe viva, con caridad ardiente, con el corazón contrito y humillado, examinaría los recónditos pliegues de su corazón y observaría de vez en cuando algunas ligeras imperfecciones que no habían sido consumidas todavía por el fuego

del divino amor; recordaría también los tiempos pasados, en los que, no obstante de ser ya muy virtuosa, no había entrado de lleno en el camino sublime que la condujo a la altura de santidad que hacía de ella un ángel sobre la tierra. Se ofrecerían a su memoria las faltas leves en que había incurrido, la poca prontitud en seguir las inspiraciones del cielo y comparado todo con los beneficios naturales y sobrenaturales de que el Señor la había llenado, y medido todo con su viva fe, con su inflamada caridad, con aquella íntima presencia de Dios que la tenía fuera de esta vida mortal y la hacía morar en regiones superiores, vería en toda su negrura la fealdad del pecado aun venial, consideraría la ingratitud de que se hiciera culpable no prestándose desde luego con mucho más ardor del que lo hiciera, a los llamamientos del Señor; y entonces, puesta en parangón la santidad de su alma con la santidad divina, su ingratitud con los beneficios de Dios, su amor con el amor que Dios le manifestaba, se anonadaría en presencia del Altísimo, perdería de vista el bien que en sí tenía, y fijos únicamente los ojos en su debilidad y miseria, exclamaría que era la más pecadora, entre las mujeres, que era la más ingrata entre todas las criaturas. ¿Qué encuentra usted aquí de irracional y de falso? ¿Se atreverá usted a condenar la expansión de un corazón humilde que, anonadado en presencia del Señor, reconoce sus defectos, y considerándolos con toda viveza, exclama que son los mayores pecados del mundo? ¿No ve usted aquí más bien la expresión de una caridad ardiente que palabras de engaño?

Si quisiera valerme de un lenguaje a filosofado le diría a usted que la humildad cristiana es lo más a propósito para formar verdaderos filósofos, si es que la verdadera filosofía ha de consistir en hacernos ver las cosas tales como son en sí, sin añadir ni quitar nada. La humildad no nos apoca, porque no nos prohíbe el conocimiento de las buenas dotes que poseamos; sólo nos obliga a recordar que las hemos recibido de Dios, y este recuerdo, lejos de abatir nuestro espíritu lo alienta, lejos de debilitar nuestras fuerzas las robustece, porque teniendo presente cuál es el manantial de donde nos ha venido el bien sabemos que recurriendo a la misma fuente con viva fe y rectitud de intención manarán de nuevo copiosos raudales para satisfacernos en todo lo que necesitamos. La humildad nos hace conocer el bien que poseemos, pero no nos deja olvidar nuestros males, nuestras flaquezas y miserias; nos permite conocer el grandor, la dignidad de nuestra naturaleza y los favores de la gracia, pero no consiente que exageremos nada, no consiente que nos atribuyamos lo que no tenemos, o que, teniéndolo, nos olvidemos de quien lo hemos recibido. La humildad,

pues, con respecto a Dios nos inspira el reconocimiento y la gratitud, nos hace sentir nuestra pequeñez en presencia del Ser infinito.

La humildad con los prójimos

Con respecto a nuestros prójimos, la humildad no nos permite exaltarnos sobre ellos exigiendo preeminencias que no nos corresponden; nos hace afables en el trato, porque dándonos a conocer nuestras flaquezas nos vuelve compasivos con las que sufren los demás, y conservando nuestro corazón exento de envidia, que siempre acompaña a la soberbia, hace que respetemos el mérito dondequiera que se halle, y que lo reconozcamos francamente, tributándole el debido homenaje, sin el mezquino temor de que pueda salir perjudicada nuestra gloria.

Ya que acabo de pronunciar la palabra, *gloria*, desearía saber si usted lleva también a mal que la humildad no nos permita saborearnos en las alabanzas de los hombres y nos inspire sentimientos superiores a ese humo que desvanece tantas cabezas. Si así fuere, como no lo dudo, me bastará una reflexión para convencerle a usted de su error. ¿Le parece a usted bueno todo lo que hace al hombre más grande? Creo que no tendrá reparo en decirme que sí. Pues bien, el mismo mundo mira como un héroe a aquel que, haciendo acciones dignas de alabanza, no se para en detenerse, con la cabeza llena de pensamientos elevados, con el corazón henchido de sentimientos generosos; el mundo, pues hace justicia a los despreciadores de la vanidad humana, es decir, a los que practican actos de verdadera humildad: no quiera usted ser menos justo que el mundo. ¿Desea usted una contraprueba de lo que acabo de decir? Hela aquí: los que no son humildes buscan la alabanza y ¿sabe usted lo que adquieren tan pronto como se trasluce su afán? El ridículo y la burla. Cuando deseamos parecer bien a los ojos del mundo, si no somos humildes, en realidad, lo aparentamos, porque en lo exterior damos a entender que no hacemos caso de la alabanza, y si se nos tributa la resistimos diciendo que es inmerecida. Vea usted, mi estimado amigo, cuán sabia, cuán noble, cuán sublime es la religión cristiana, pues en la virtud, que tanto abatimiento parece traer consigo, está encerrado el secreto de adquirir gloria sólida aun entre los hombres, éstos la ofrecen gustosos a quien la merece y no la busca, pero desprecian y ridiculizan al que la solicita. Tanta es la fuerza de las cosas que la misma soberbia para saciar su sed de gloria se ve precisada a

negarse a sí misma, a cubrirse con el manto de la humildad; así se verifica aún en la tierra aquella sentencia de la Sagrada Escritura: "Quien se exalta será humillado, y quien se humilla será exaltado".

Basta por hoy de humildad; creo que con lo dicho hasta aquí se quedará usted bien convencido de que para ser verdaderamente humilde conforme al espíritu de la religión cristiana no necesita usted ni andarse haciendo el loco por las calles, ni creer que es digno de ser llevado a presidio o al cadalso, ni tampoco que no tiene más conocimientos de ciencias y literatura que el que no sabe deletrear. Si alguna vez encuentra usted en las vidas de los santos algún hecho que no pueda usted explicar por las reglas arriba establecidas, recuerde usted que nosotros no tenemos inconveniente en decir que hay cosas que son más bien para ser admiradas que imitadas; y, además no quiera usted juzgar por mundanas consideraciones lo que marcha por caminos desconocidos al común de los mortales. Esto es lo que nosotros llamamos misterios y prodigios de la gracia, y que ustedes los filósofos apellidarán exaltación y exageración del sentimiento religioso.

Oración para impetrar la gracia de devoción y de humildad

Señor Dios mío: Tú eres todo mi bien.

¿Y quién soy yo, que me atrevo a hablarte? Soy un pobre siervo tuyo y despreciable gusanillo; mucho más pobre y despreciable de lo que yo sí puedo decir. Pero, acuérdate, Señor, de que yo soy nada, de que nada tengo y nada valgo.

Tú sólo eres bueno, justo y santo, Tú lo puedes todo, lo das todo, lo llenas todo: solamente al pecador dejas vacío.

Acuérdate de tus misericordias y llena mi corazón con tu gracia, de la cual no quieres que estén vacías tus criaturas. Mas ¿cómo puedo gobernarme en esta miserable vida si tu gracia y misericordia no me socorren?

No me vuelvas tu rostro, no desvíes tu consuelo, para que no sea mi alma para Ti como la tierra reseca, sin agua.

Enséñame, Señor, a hacer tu voluntad; enséñame a vivir digna y humildemente en tu presencia; porque Tú eres mi sabiduría, y en verdad me conoces y me conociste antes de haber creado el mundo y de que yo hubiese nacido.

Que toda la Tierra sea,

con la Virgen Mana,

Gloria de Dios

